

bondad que él nos dá, es una gracia de un precio inapreciable que él nos acuerda, tocando cómo lo hace, con sufrimientos, enfermedades, ó con otros medios, nuestro cuerpo, verdadero ataúd de nuestra alma muerta. Porque si no nos tocára, nadie duda que nuestras pasiones, que son cómo los conductores de nuestra alma al infierno, no se detendrían, y nos conducirían hasta el abismo eterno, con sorprendente tranquilidad <sup>1</sup>.

inauguración de una misión, de unos ejercicios, de un jubileo, de las solemnidades de Pascuas; cuando hiere esta carne criminal con algun accidente, alguna enfermedad; cuando borra las rasgos de esta belleza con la que se estaba desvanecido; cuando permite que esta reputación que cubría vergonzosas intrigas sea difamada, y alguna vez destruida por una infamia ruidosa que revele la iniquidad oculta; cuando destruye proyectos de fortuna, ya por accidentes imprevistos, ya por injusticias ó traiciones. Mano caritativa, golpes saludables que detienen la impetuosidad de las pasiones, dán al pecador el tiempo de reflexionar y le suministran los más poderosos motivos para volver á Dios (Duquesne, *El Evang. medit. medit.* 90, p. 2, n. 2).

1. El feretro en donde yacía el cadáver del joven de Naim, cómo lo hemos visto, significaba, en cuánto á la forma y á su uso, el funesto misterio de la conciencia culpable y endurecida que retiene al pecador cómo inmóvil en su pecado. En cuanto á su materia (la madera), ella indica la madera de la prevaricación primitiva, es decir, el árbol fatal por el cuál hemos todos muerto en Adán. Por ella, cómo los muertos son llevados al sepulcro, nosotros eramos precipitados en los abismos: *Per loculum quidam intelligunt primariæ prævaricationes, in quo omnes mortui portabamur.* Erius, *Expos.* Cuán funesta nos fué esta madera! esclama san Ambrosio. Pero, desde que el Hijo de Dios se há aproximado, la há tocado: *Accessit et tetigit loculum;* es decir, después que él há estendido sus brazos sobre el madero de la cruz, que se há tendido en este feretro de dolor para sufrir la muerte que el primer hombre y sus descendientes había merecido, há él, por este contacto divino y por su muerte en este árbol sagrado, cambiado este aparato funebre en un carro de triunfo y de vida. Feliz este joven de Naim descansando sobre el madero, este consoador símbolo de la resurrección! Tocando su feretro, resucitándole, Jesús enseñó que los hombres recibirían, por el mérito de la cruz, el perdón, la vida espiritual y la salvación. *Spem resurgendi habebat iste qui*

Después de estos preliminares, Nuestro Señor dice, por último, al muerto del Evangelio: *Joven, levántate, yo te lo mando.* Esta palabra soberana es también la que el Salvador dirige á los pecadores, después que los há dispuesto para oírle, si hasta entonces no han contrariado los designios de su misericordia <sup>1</sup>. La há dirigido

*ferebatur in ligno; quod, etsi nihil proderat, tamen, postquam illud Christus tetigit proficere cepit ad Titan, ut esset indicio salutem populis per crucis pertibulum refundendam?* S. Ambr. — El Evangelista hace observar que los que llevaban al hijo de la viuda de Naim, se detuvieron cuando el Salvador tocó el ataúd: *Li autem qui autem qui portabant, steterunt.* Quién no vé representado aquí el misterio del contacto del cuerpo de Jesús con el madero de la cruz, y el de la crucifixión? Misterio por el cuál la concupiscencia, todas estas pasiones que nos arrastran por los deseos culpables al sepulcro eterno, que son, según la profunda doctrina de San Pablo, el hombre del pecado y de muerte; misterio, digo, por el cuál estas pasiones perdieron su infernal energía y fueron detenidas en su fatal progreso, porque fueron clavadas, en cierto modo, con Jesucristo en la cruz: *Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruat corpus peccati.* Rom. VI. Si, tal es el prodigio realizado por el Salvador del mundo sobre la cruz por toda la humanidad, muerta en Adán, crucificada en Jesucristo, está espiritualmente resucitada en Jesucristo y con él, por el misterio de la cruz. Pues este amable Salvador renueva á cada instante este prodigio para cada uno de los cristianos á los cuáles aplica el valor de su Pasión. El efecto, al instante que el divino Maestro, enternecido por las lágrimas de la Iglesia, se acerca al pecador, toca su conciencia con la gracia; al instante que él desparrama en esta alma la compunción, que es uno de los bellos frutos del árbol de la cruz, los impuros deseos se retiran, sin pasiones se detienen, porque no tienen la fuerza para continuar arrastrándole al abismo; porque las tentaciones estériles, personificadas en los apologistas del vicio y en los maestros de la iniquidad, sintiéndose ya desdeñadas, menospreciadas, huyen y desaparecen: *Qui portabant, steterunt; quia ubi compunctio cælestis mentem tangit, continuo immunda desideria recedunt, nihi prævalent, nec possunt ad mortem trahere. Omnes etiam adultores pro nihilo deputantur.* Aym. (VENTURA, loc. cit.).

1. *Quod tunc operatus est Dominus in uno homine, resuscitando eum*

á la Samaritana cerca del pozo de Jacob <sup>1</sup>; la dirige á Zaqueo, el publicano sobre el sicomoro en donde estaba subido <sup>2</sup>; la dirige á Mateo, otro publicano, sentado en su oficina <sup>3</sup>; la dirige á Magdalena la pecadora, en casa de Simon, el fariseo <sup>4</sup>; la dirige al Luen ladron, colgado en una cruz á lado de él <sup>5</sup>; la dirige á Pablo que acaba de echar por tierra en el camino de Damasco <sup>6</sup>; y á una multitud de otros pecadores que há convertido. Despues que há subido al cielo, há continuado llamando á los pecadores, desde luego por el ministerio de sus apóstoles, despues por el de sus sucesores, los Obispos y sacerdotes, algunas veces por el intermedio de simples fieles, con frecuencia por la voz muda, pero elocuente, de los sucesos, y más generalmente todavia por la impresión directa, pero interior y secreta, de la gracia <sup>7</sup>.

de morte ad vitam, hoc quotidie egit spiritualiter in Ecclesia, cum mortuos peccato sua gratia revocat ad vitam (S. Aug. Expos.).

1. Joan. iv, 7 et seqq. — 2. Luc. xix, 5. — 3. Matth. ix, 9. — 4. Luc. vii, 48. — 5. Luc. xxiii, 43. — 6. Act. ix, 7.

7. Pecadores muertos á la gracia, no cerréis vuestro corazon á la voz de vuestro Salvador; *levantádos*, salid de este estado de muerte, y volvéid á la vida. Jovenes, es á vosotros, en particular, que se dirige este mandamiento; aprendéd el medio de escapar á la muerte. Es en la juventud principalmente que es hermoso, que es feliz darse á Dios, consagrarse á su servicio y abrazar el partido de la piédad. Cuántas obras buenas á hacer, qué de meritos á adquirir, qué de crímenes á évitár! No esperéis una edad más avanzada: quizás no la veréis nunca, quizás la voz de Dios no se hará oír de vosotros más que debilmente, quizás no queréis oirla. Lo que, por lo menos, hay seguro, es que entonces encontrareis á vuestra conversion dificultades mayores que en vuestra juventud, y tales quizás que no tendréis el valor de sobrepujarlas; pero aun cuándo llegárais á vencerlas, qué sentimiento no tendríais entonces de haber pasado en el desorden el tiempo de vuestros hermosos años! Rogád á Jesus que se acerque á vosotros, que os toque y os mande. (Duchesne. *El Evangelio medit.* medit. 90, p. 2. n. 3.) — Quién es el que dice al muerto: *Levantáte*, y que el muerto se levante? Es el que se compadece de los dolores de una madre y quien habla cómo Dios; es el soberano dispensador de la muerte y de la vida, quién tiene entre sus manos las llaves

Así Nuestro Señor llama á todos los pecadores, en la hora elegida por él, de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Los llama á todos, y es necesario que sea así; porque del mismo modo que ningún sér no puede sin él, pasar de la nada á la existencia; del propio modo sín él ningún alma puede pasar de la muerte á la vida. Cómo es precioso, cristianos, el beneficio que recibe el pecador cuando Dios resucita su alma de la muerte del pecado! Sí, ciertamente, y es tambien el mayor de los beneficios, que el pecador pueda recibir. Pero precisamente porque el beneficio de la resurreccion espiritual es infinitamente precioso, no puede hacerse cómo no imponga graves obligaciones al que lo recibe. Cuáles son estas obligaciones? Es lo que voy á haceros saber esplicandoos nuestra tercera y ultima reflexion, á saber,

III. *Lo que debe hacer el pecador despues de la resurreccion á la gracia.* — Cómo lo que hace la Iglesia para obtener la resurreccion espiritual de sus hijos, há sido representado por lo que há merecido la viuda de nuestro Evangelio la resurreccion corporal de su hijo; y cómo lo que hace Jesucristo para resucitar á los pecadores há sido representado tambien por lo que há hecho para resucitar al hijo de la viuda de Naim; así lo que debe hacer el pecador, despues de su resurreccion á la vida de la gracia, nos está representado por lo que há hecho el hijo de la viuda de Naim, despues de la resurreccion corporal. Pues que há hecho? Dos cosas principalmente, que son muy espresivas.

En primer lugar, *se levantó*, obedeciendo así á la orden que Jesus acababa de darle, cuándo le habia dicho: *Levantáte, yo te lo ordeno*. Pues bien, es eso tambien, pecadores, lo que debemos hacer despues que Dios há querido volvernos la vida del alma: debemos

del abismo, Apoc. i, 18: es áquel cuya voz poderosa debe un dia reanimar el de los sepulcros. Coloquémos en él toda nuestra confianza, todo nuestro amor; que sea él nuestro unico refugio, nuestro poderoso consolador. En adelante, la muerte no tiene ya nada que nos asuste, porque él la há vencido, la há quitado su aquiñon, todos sus terrores. Tener miédo á la muerte, es tener miedo del cielo, es tener miedo de Jesucristo (Dehaut, *El Evang. exp.* 2. p. sec. 4).

levantarnos del feretro adonde nuestras faltas nos habian hecho descender; debemos levantarnos de esta sepultura en donde nos encogemos en la infeccion de toda clase de vicios, y de toda suerte de crímenes. Debemos levantarnos, es decir poner en accion nuestra fuerza recobrada, practicando las virtudes cristianas y observando todos los mandamientos de la ley. Debemos levantarnos, es decir mostrar por nuestras virtudes que hemos vuelto á sér verdaderos cristianos, á fin de que los que nos habian visto muertos, nos véan ahora vivos, y que glorifiquen á Dios por lo que há realizado tan misericordiosamente con nosotros. Si el joven del Evangelio, resucitado por el Salvador é invitado por él á levantarse, hubiése querido permanecer acostado en el feretro, no se hubiera mostrado indigno del insigne favor de que acababa de sér objeto? no hubiéra, en cuanto de él dependia, impedido el milagro que acababa de hacer el Salvador, de producir en la multitud de los asistentes los efectos que habia tenido á la vista? Semejante seria nuestra locura, si, una vez resucitados, quisiéramos permanecer en la cloaca de nuestros vicios; porque no se recibe un beneficio parecido para no aprovecharnos de él. Y nuestra ingratitud seria tambien parecida, puesto que no dando ninguna señal de la maravilla que Dios habia hecho en nosotros, por un lado, nosotros le privariamos de la gloria que debe obtener por nuestras obras, y por otro, privariamos al prójimo de la edificación á la cuál tiene derecho; porque los dones de Dios no nos son nunca concedidos para nosotros unica y exclusivamente, sino que el prójimo debe siempre tener su parte. Levantémosnos, pecadores, despues que hemos recobrado la vida del alma, y todos estos resultados, respecto de Dios, del prójimo, y de nosotros mismos, serán igualmente alcanzados <sup>1</sup>.

1. Cual no fué la sorpresa del joven resucitado, cuando se vió en el ataúd, rodeado de gente y conducido al sepulcro! Tal debe sér la primera gestion del pecador, cuando há oido la voz que le llama á la vida; debe levantar la cabeza por encima del abismo en donde está sumergido, y considerar el estado horrible en que se encuentra. Ay! puede ver sin estremecerse el peligro de su situacion, la vida que lleva, el camino que

En segundo lugar, el muerto de nuestro Evangelio, habiendose levantado, *comenzó á hablar*, nos dice el testo sagrado. Cuáles fueron sus palabras? no nos hán sido referidas. Pero « podemos presumir que fueron la espresion de su reconocimiento, la declaracion de su resurreccion y la suplica á los que le conducian de dejarle ir. — Tal debe sér el lenguaje del pecador, que la misericordia divina acaba de sacar de la muerte en que estaba sumergido. Penetrado del inmenso beneficio que habia él tan poco merecido, debe del fondo de su corazon, dar vivas acciones de gracias á su bienhechor. Pero no es ese el unico deber que le impone la vida nueva que acaba de recibir. Debe alejar de él todo lo que, comprometiendole al pecado, le conducia al infierno. Ocasiones, costumbres, uniones, afecciones, debe dejarlo todo, desembarazarse de todo lo que le retenia en el estado de muerte. No es bastante. Está obligado á manifestar la realidad de su resurreccion. Más el escandalo de su vida precedente llamó la atencion, más debe brillar la edificación de su vida nueva. Tuvo quizás la desgracia de arrastrar algunos de sus hermanos en las vias de la iniquidad. El debe á ellos, él debe á la Iglesia el trabajar con todo su poder pára volverlos á las sendas por donde há entrado, y es responsable con Dios de la perdida de sus almas, mientras no há hecho todos sus esfuerzos para volverlas <sup>1</sup> ».

tiene y el precipio horroroso á le conduce? Ah! el sepulcro no es nada en comparacion con el infierno. (Duquesne, *El Evang. medit.* 90 medit. 3, p. n. 4.)

1. La Luz, loc. cit. — *Es tiempo de despertarnos de nuestro letargo.* Rom. XIII, 11. Dios nos llama; respondámosle al instante, de miedo que causado por nuestro silencio, no nos llame más; levantémosnos del sepulcro de nuestro pecado, y hagámos conocer por obras que no somos del numero de los muertos; hablémos, no el lenguaje de los hombres, sino el de los angeles; refrámos las misericordias de nuestro Dios, celebrémos sus alabanzas, y hagámos servir para su gloria esta boca que le habia ofendido por la intemperancia, por la maledicencia y la calumnia; pero cómo debemos nuestra resurreccion á las lagrimas de la Iglesia, nuestra madre, démosnos á ella, séamos hijos tan sumisos

*Conclusion.* — La resurreccion del hijo de la viuda de Naim, considerada en su sentido moral, vosotros lo véis, es éminente-mente instructiva, puesto que encontramos á la vez la representacion, yá de lo que hace la Yglesia para obtener la resurreccion espiritual de los pecadores, yá de lo que hace Nuestro Señor para realízar esta resurreccion, yá lo que deben hacer los pecadores despues de su resurreccion á la gracia. Para obtener la resurreccion espiritual de sus hijos, la Yglesia llora y suplica por todos sus miembros. Para hacer esta resurrección, Nuestro Señor se aproxima á los pecadores por los remordimientos, les toca por las adversidades, y les llama por la voz de sus ministros y de su gracia. Por ultimo, los pecadores que hán sido resucitados deben levantarse del feretro de sus vicios, dar las gracias á su divino Bienhechor, rechazar los pecados y las ocasiones de pecado que les conducia al infierno, y trabajar por sus palabras no menos que por sus obras. á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Qué conmovedor conjunto de verdades y de lecciones cristianas! Edifiquémosnos con las unas, y pongámos en practica las otras. Amémos tiernamente la Yglesia, que tiene por nosotros tanto amor y tanto afecto. Unámosnos inviolablemente á Jesus, cuya bondad iguala á su poder, y el poder á la bondad. Por ultimo, cómo todos somos más ó menos pecadores, y pecadores más ó menos resucitados, levantémosnos to los de una vez de nuestras malas pasiones, rechacémos todos lo que pudiéra conducirnos al infierno, trabajémos todos á la gloria de Dios y á la edificación del nuestros hermanos. Es así cómo nuestra resurrección se afirmará, así cómo *serémos vueltos por el Salvador á nuestra madre*, es decir á la Yglesia, de la cuál serémos el consuelo en este mundo y de la cuál merecerémos sér, en el cielo, el eterno y feliz adorno. — Así.

cómo la hémos sido rebeldes, escuchémos la voz de sus ministros con docilidad, y practiquémos sus preceptos con exactitud. Hé aqui el orden al cuál el Señor pretende que todo penitente resucitado se ajuste. (Monmorel. Hom. 16. sem. desp. de Pentec. Viernes.)

## DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

## CUARTA INSTRUCCION.

**Efectos del milagro de la resurreccion del hijo de la viuda de Naim sobre los asistentes.**

## I. El temor. — La álabanza de Dios.

El Evangelista san Lucas, despues de habernos hecho el admirable relato de la resurreccion del hijo de la viuda de Naim, del cuál á cabo de daros lectura, dice al terminar: *Todos los que estaban presentes se estremecieron, y glorificaban á Dios diciendo: Un gran profeta há aparecido entre nosotros, y Dios há visitado á su pueblo.* Pues esta conclusion, cristianos, no merece menos fijar nuestra atencion que la historia misma del milagro. Porque sabemos cuáles fueron los efectos producidos sobre la multitud de los testigos por la resurreccion del joven habitante de Naim, y que el Salvador habia tenido en vista al realízarlo. Estos efectos fueron, en primer lugar, el temor, y en segundo lugar, la álabanza de Dios<sup>1</sup>. Pero si el Salvador há querido que tales efectos fuesen producidos sobre los testigos del milagro de la resurrección del hijo de la viuda de Naim, entra igualmente en sus miras, no lo dudéis, que estos mismos efectos séan tambien producidos sobre los que los léen, si oyen sencillamente el relato. Es lo que hace que me proponga explicaros esta mañana, porqué los que estaban presentes se estremecieron, y porque, al mismo tiempo, glorificaban á Dios; con el objeto de

1. *Accepit autem omnes timor*, etc. Toletus miraculum istud tres præcipui effectus produxisse considerat: «Primo, hominum astantium corda ad reverentium quandam erga Deum, a quo illud proficiscebatur, impulit, quæ reverentia dici solet timor in Scriptura. Secundo, magnificabant Deum, nam ex reverentia cordis provenit laus oris. Tertio, confessi sunt misisse Deum magnum prophetam.» (MANSI, *Ærar. Evang. dom. 15. post Pentec.*.)